

Geografía cultural. Lugares, espacios, símbolos

Eulalia Ribera Carbó

 <https://orcid.org/0000-0002-8861-6154>

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México
eribera@mora.edu.mx

Adalberto Vallega, *Geografía cultural. Lugares, espacios, símbolos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Geografía, 2023.

Me atrevo a afirmar que muchos de los que no nos dedicamos a la historia de la ciencia o a los estudios historiográficos de una disciplina científica dedicamos poco tiempo a la lectura y la reflexión epistemológica de nuestra especialidad académica. No hacemos bien. Las cavilaciones teórico-metodológicas son convenientes si se quieren evitar equívocos que suelen producirse cuando se usan de manera acrítica conceptos y métodos. Por eso hemos de congratularnos de la aparición de este libro de Adalberto Vallega, que nos permite detenernos nuevamente en los fundamentos científicos de la geografía. La obra fue publicada por primera vez en italiano en el año 2003, y esta primera traducción al castellano permite corroborar la vigencia de las discusiones que plantea y la pertinencia de su publicación para ponerla al alcance de los interesados del mundo hispánico.



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

Vallega, egresado y profesor de la Universidad de Génova, fue un científico con miras internacionales y con intereses polifacéticos. Formado en ciencias políticas y en geografía, sus trabajos de investigación y su magisterio recorrieron en los años sesenta y setenta los ámbitos de la geografía regional, con gran influencia de la escuela francesa y los postulados historicistas de Vidal de la Blache, pero que él se propuso combinar con la teoría general de sistemas, que buscaba modelos de interacciones dentro de las regiones geográficas. He aquí una original flexibilidad epistémica del profesor italiano en unos años en que aún coleteaban los irreconciliables dogmatismos positivistas y fenomenológicos.

La geografía regional de Vallega se enfocó en las costas mediterráneas y en estudios económicos sobre los puertos y las redes marítimas del transporte. Sus investigaciones de la geografía del océano, a la postre decantadas por una orientación constructivista en el estudio de la relación entre los pueblos y el mar, incorporaron en los años noventa el concepto de desarrollo sustentable. Su compromiso con la investigación y su participación muy activa en múltiples cargos de dirección académica y en la Unión Geográfica Internacional, no le impidieron dedicar tiempo a la docencia, a la elaboración de textos escolares, y a escribir tratados sobre los armazones teóricos de la modernidad y la postmodernidad en geografía. *Geografía cultural* fue publicada al final de su vida, y por ello probablemente es la reflexión más madura acerca de los fundamentos y métodos geográficos en el estudio de los lugares, los espacios y la forma de interpretarlos a partir de sus símbolos.

Desde la introducción de la obra, se nos advierte que entre las posturas “racionalizadoras” de la “realidad territorial”, creadoras de modelos y representaciones cartográficas exactas de la geografía humana estructuralista, y las de una geografía cultural que se centra en la

búsqueda de símbolos y significados subjetivos atribuidos a los lugares y los espacios en una especie de “sinfonía geográfica”, el libro se decanta por la discusión de los fundamentos con que se construye la segunda, es decir, una geografía cultural en clave semiótica.

En la primera parte de las tres que componen el libro, nos adentramos en la historia del discurso geográfico moderno sobre la cultura, un concepto atendido por la Ilustración como expresión de “capacidades pensantes”, después usado sin teorizar por Humboldt y Ritter en su abordaje del paisaje, y discutido durante el siglo XIX por la etnología, la antropología y la geografía, lo que permitió pergeñar teorías con un sentido social de la cultura y, a decir de Vallega, desembocar en una fructífera colaboración entre geografía cultural, geografía del paisaje y geografía regional. El autor nos hace ir hasta los años sesenta, en los que la geografía cultural, poco diferenciada todavía de la geografía humana, llegó con sus fundamentos estructuralistas bien anclados. Pero después, la deconstrucción de sus planteamientos científicos fundamentales y el recelo sobre los métodos cuantitativos y analíticos abrió las puertas a la crítica de la modernidad.

A partir de los años ochenta, la geografía cultural fue arrinconando la supremacía del espacio, privilegiando la relación unívoca entre las personas y los lugares, y propuso la lectura del territorio como un tejido de signos determinados por estrategias sociales y manifestaciones del poder. La geografía como una descripción metafórica del territorio. Con ejemplos concretos y en contraste, se da una ojeada a propuestas estructuralistas, semióticas, espiritualistas y eclécticas que, según Vallega, se vuelven definitorias del posmodernismo.

Sigue el libro en su segunda parte con el análisis de las representaciones geográficas de la existencia humana en relación con la naturaleza, con la sociedad y con la trascendencia. Desde el paleolítico

hasta la posmodernidad, ha habido tres formas de explicar esas relaciones. Primero, el mundo natural como manifestación de lo trascendente. Despúes, la naturaleza sometida a las exigencias de la sociedad. Y, finalmente, la naturaleza como un mundo de símbolos con dimensiones estéticas y espirituales. Los ríos y las montañas ejemplifican los “grandes teatros de la naturaleza” y se han convertido, a lo largo de la historia, en formas para diseñar visiones del mundo y de las relaciones de lo terrenal con lo trascendente. Connotaciones religiosas, entendimientos científicos, simples goces estéticos y hasta significados éticos han quedado expresadas en las representaciones de la naturaleza. Los ríos con sus manifestaciones de movimiento, ritmo y cambio, y las montañas de solidez, estabilidad e inmutabilidad.

Según Vallega, la relación entre la existencia y la sociedad es más simbólica que la que hay entre la existencia y la naturaleza. Así, nos conduce por los significados de los nombres, de los cánones estéticos y espirituales socialmente compartidos respecto de la figura humana. Se nos habla de la lengua como elemento de cohesión social, de los modelos de familia en occidente, de la posibilidad de hacer representaciones cartográficas del cuerpo. De los símbolos individuales de santos, héroes, líderes políticos, pintores, poetas, compositores y actores, como motivo de interés para el geógrafo. Pero también de las representaciones laicas y religiosas colectivas en las ciudades, en sus planos, en sus morfologías, sus arquitecturas, en su relación con la trascendencia. Brasilia, Jerusalén, La Meca, Medina, le sirven al autor de ejemplos de geografías simbólicas.

La última parte del texto se centra en las relaciones entre el tiempo, los espacios, y en sus formas de representación geográfica. ¿Qué símbolos del tiempo connotan los lugares y cómo esos símbolos han cambiado entre la premodernidad, la modernidad y la posmodernidad? ¿Qué espacios interesan hoy a la geografía y cómo se representan?

Vallega nos cuenta de sujetos geográficos que pueden abarcar lugares, paisajes, regiones, o conglomerados de mayor extensión territorial. Nos habla del cronómetro como instrumento de la ciencia y como alegoría de la modernidad. De la idea de proximidad, de la idea de ciclo. De calendarios religiosos que pierden su significado, pero pueden seguir vigentes. De las cadenas de montaje en la industria, de las tramas cuadriculadas en los planos de las ciudades con grandes avenidas para la circulación de los vehículos, de los elevadores y el perfil de los rascacielos, factores clave para representar la compresión del tiempo en el espacio. Como bien ha explicado el geógrafo David Harvey (2013), los ritmos acelerados que permiten la acumulación de capital, han hecho de la civilización “occidental” la campeona de los símbolos del espacio-tiempo.

La posmodernidad, en cambio, rompiendo el corsé del estructuralismo, ha trasladado la atención hacia el espacio, hacia los signos de lugares y espacios hiperreales que pueden contener narraciones más libres y desligadas de la producción del poder, permitiendo expresiones individuales con creatividad e imaginación. El paisaje, en el enfoque semiótico de la geografía cultural, se olvida de la naturaleza como punto de partida, y se enfoca en los significados a los que conducen las huellas humanas sobre la superficie terrestre. Ya no interesa el orden representado en el paisaje, sino los símbolos y los significados tejidos a partir de los lugares. Comprender el paisaje, en vez de explicarlo. El paisaje cultural se convierte en una representación emotiva y nunca cartesiana de la realidad, y de esa manera se construyen patrimonios comunes que apuntalan las identidades culturales. Cuando éstas se funden con proyectos políticos, se traducen en identidades nacionales.

Vallega nos pinta el complicado panorama de un mundo heterotópico de etnias, civilizaciones y migrantes, y sus símbolos en relación con los lugares. El juego cultural de la movilidad territorial, le

llama él. La globalización iniciada durante el siglo XVI fue creando representaciones simbólicas de la “occidentalización”. Hoy, la geografía cultural está obligada a estudiar los lugares con representaciones que buscan ventajas de un mundo integrado, y aquellos donde los significados se manifiestan como protección de los lugares y las culturas locales. En estos últimos, el “ser humano posmoderno” debuta como protagonista de nuevas fronteras culturales.

Llega uno al final del libro con una sensación de empacho teórico. Pero, como dije al principio, la lectura siempre algo espesa de textos de reflexión filosófica es estimulante. Nos obliga a pensar y a posicionarnos. Nos hace reforzar los andamiajes sobre los que trabajamos en nuestras investigaciones empíricas. Además, Adalberto Vallega nos ayuda de manera didáctica, con un amplio glosario de términos y otro de etimologías de palabras y conceptos que se anexan en las últimas páginas. Antes de empezar cada capítulo, como si se tratara de un libro de texto escolar preparado para maestros, se plantean las preguntas y las palabras clave que guían el contenido y, al final, se propone un ejercicio de reflexión teórica y de trabajo empírico, con un estudio de caso también para el tema de cada capítulo.

Me hubiera gustado poder plantearle al profesor italiano mis dudas sobre las diferencias epistemológicas que le atribuye a Humboldt y a Ritter, y la falta de discurso epistémico que le achaca a la geografía regional francesa. Reclamarle que no tomara en cuenta para su análisis los estudios de geografía humana hechos por Élisée Reclus, sobre todo cuando se sirve de los ríos como elementos para dos visiones simbólicas del mundo. Justamente fue Reclus quien construyó en términos metafóricos a través de un río, un trabajo célebre de geografía humana, económica y social, con una clara propuesta sobre las relaciones del hombre y la naturaleza, en su *Historia de un arroyo* (Reclus, 1869, 1958).

Hubiera querido hablarle de las interpretaciones geográficas mesoamericanas prehispánicas y el altépetl como símbolo de significación territorial, o de los modelos ortogonales de las ciudades hispanoamericanas y el simbolismo de sus elementos, o de la "aparición" de la virgen de Guadalupe, que él ignora cuando explica casos equivalentes en todo el mundo.

Pero, sobre todo, lo que más me gustaría, sería debatir con Vallega los alcances de la visión semiótica, subjetiva, de los nuevos giros de la geografía contemporánea, que muchas veces, como también sucede en algunas páginas de su libro, más parecen estudios de antropología, de psicología o de historia del arte, que de geografía. Proponerle recuperar la validez de las visiones positivistas en el análisis de la relación entre la naturaleza y las manifestaciones de la cultura humana, con la posibilidad de combinar ambas posturas epistémicas en el análisis de los lugares, de los territorios, del paisaje. Decía Octavio Paz:

La cultura de una sociedad en una época dada es un sistema fluido de vasos comunicantes que se irrigan e influyen entre ellos. Es imposible reducir ese conjunto de acciones y reacciones a un determinismo estricto [...], [pero] si la idea de la causa parece evaporarse en la pluralidad de motivos y factores que intervienen en el hecho más insignificante, no lo está la de correspondencia [...]: los hechos, las obras y aun las personalidades se corresponden. Y más: *riman*. (Paz, 1990, p. 611)

Y también es innegable que la naturaleza, casi siempre, rima con la cultura.

Referencias

Harvey D. (2013). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu editores.

Reclus, E. (1869). *Histoire d'un ruisseau*. Hachette.

Reclus, E. (1958). *Historia de un arroyo*. Compañía General de Ediciones, S.A.

Paz, O. (1990). *Sor Juana Inés de la Cruz o Las Trampas de la Fe*. Fondo de Cultura Económica.